CAPÍTULO XCI. *Que prosigue el cerco de Mexico y que muchos pueblos se fueron a ofrecer a Fernando Cortés*

ROSIGUIENDO FERNANDO CORTÉS por la calzada adelante llegó a la entrada de la ciudad, adonde estaba una torre de ídolos muy fuerte y al pie de ella una puente muy grande levantada, con una muy fuerte trinchea y por debajo de la puente, corría gran cantidad de agua, con mucho ímpetu. La gente que defendía este paso era tanta, que con la furia de el agua, la vocería y la multitud de piedras, flechas y varas, que tiraban, detuvieron algo a los castellanos en emprender este paso; pero Fernando Cortés mandó que los rodeleros y detrás de ellos los ballesteros y escopeteros, divirtiesen a los indios y que por los lados, acometiendo los bergantines, hubiesen de echar gente que ganase la trinchea; hízole con menos peligro de lo que pensaba y los enemigos huyeron; y Fernando Cortés, con sus castellanos e indios, pasó el agua que serían más de ochenta mil hombres, los cuales cegaron con piedra y tierra aquella puente, en que Diego Hernández, aserrador que sirvió en la fábrica de los bergantines, trabajó más que mil indios, porque era hombre diligente y de grandísimas fuerzas; de tal manera que cuando tiraba una piedra, como una naranja, por medio de los enemigos, afirmaban que no hacía menos daño, que si saliera de una de las piezas de artillería y era muy animoso. Ganaron los castellanos, más adelante, otra albarrada que estaba en la calle más ancha y más principal de la ciudad, que como no tenía agua se hizo más fácilmente. Siguieron el alcance, por la calle adelante, hasta otra puente alzada, salvo una viga que quitaron, en pasando algunos de los indios, y como tenían de la otra parte de el agua, una trinchea de adobes y lodo, estúvose más de dos horas peleando, de la una parte y de la otra, en este puesto, recibiendo el ejército castellano gran daño de las piedras y varas que tiraban de las azuteas. Ordenó Fernando Cortés que acercándose cuanto pudiesen, los escopeteros y ballesteros y dos piezas de artillería, disparasen muy menudo; y habiéndolo hecho algunas veces, los enemigos dejaron la defensa; por lo cual algunos castellanos, armados de aquellos ychcahuipiles de algodón, aunque muy pesados, se arrojaron al agua y pasaron con mucho peligro de los flechazos. Visto este atrevimiento acabaron los enemigos de desamparar el puesto y las azuteas y como iban retirándose los mexicanos a lo interior de la ciudad, por el mucho aprieto en que los castellanos y amigos indios les ponían, muchos de los de Tlatilulco se recogieron a las casas de Motecuhzuma (que se llamaban Quauhquiahuac, que quiere decir Casa de Águilas, porque tenía dos águilas de piedra a la entrada de el primer patio) y como eran valientes y animosos, salieron luego contra los de a caballo y como se iban metiendo sin miedo hizo rostro uno de ellos a otro de a caballo, el cual, viéndolo tan desvergonzado, le tiró un bote de lanza, con que le pasó y casi cosió con el suelo; y como el golpe fue con fuerza y el

caballo también la llevaba, no la pudo sacar y aunque hizo un desdén sobre las ancas de el caballo no la soltó; pero acudieron los indios con mucha presteza y asiendo de ella, hacían fuerza por quitársela; pero el soldado, que sentía esta afrenta, saltó en el suelo de su caballo (caso harto inconsiderado) y como los enemigos eran muchos y rabiosos, no duró mucho tiempo con vida, porque a muy breves golpes se la quitaron y dejaron molido y quebrantado todo su cuerpo. Los compañeros, que aunque vieron el lastimoso caso, no pudieron estorbarle, por la presteza con que se hizo, revolvieron sobre los agresores; y aunque los acometieron no llegó a ejecución la venganza, porque luego se volvieron a las casas de el rey, de donde habían salido y se fueron retirando a ellas, al amparo de unas columnas que estaban fuera, levantadas para un nuevo edificio que allí hacía Motecuhzuma. Pasó el ejército, cegóse la puente con los materiales de la trinchea y siguieron hasta otra puente que ni estaba alzada, ni tenía albarrada, cerca de una de las más principales plazas de la ciudad y teníanla así porque nunca se perduasieron los enemigos que los castellanos llegasen allí. Vista tal ocasión y que ya era todo tierra firme, mandó Fernando Cortés disparar una pieza a la plaza; y como eran tantos los mexicanos, que no cabían en ella, cada vez hacía gran estrago y con todo eso no se determinaban los cristianos a entrar en la plaza; por lo cual diciendo Fernando Cortés que no era tiempo de mostrar cansancio ni cobardía, con una rodela en la mano, apellidando Santiago, arremetió el primero.

No pudiendo los mexicanos sufrir la furia de los castellanos y de sus amigos, recogiéronse en el circuito de el templo, que era una cerca de cal y canto y era como un lugar de cuatrocientos vecinos; pero también lo desampararon, subiéndose a las torres y guareciéndose en otras partes; pero echando los mexicanos de ver que no había caballos, revolvieron sobre los cristianos y peleando con extremo valor los echaron de todo lo ganado hasta la plaza y ésta también se la hicieron perder y la pieza de artillería, y los llevaban muy acosados por la calle, por su demasiada confianza y menosprecio de los indios; pero acudieron tres caballos, con cuyo calor se cobró lo perdido de la plaza y patio de el templo, con muchas muertes de los mexicanos, que pensaron que eran más los caballos; y aunque hasta treinta se hicieron fuertes en una torre que tenía cien gradas, cuatro castellanos, peleando valerosamente, la ganaron y mataron a los defensores; y si no acudieran otros seis caballos, los indios, segunda vez, echaran al ejército cristiano de la ciudad. Mandó Cortés recoger el ejército y si los pasos no estuvieran bien cegados, recibieran daño, porque a esta sazón llegaron al puesto de las canoas, que habían huido de los bergantines que les hacían mucho daño; y como eran de los más valientes, acometieron a los nuestros con otros que se les juntaron (que llamaban quaquachicti) y cargaron con mucha furia, aunque los refrenaban los caballos con mucho daño suyo, revolviendo, de cuando en cuando; y de esta manera se retiraron los nuestros al lugar donde habían dejado sentado su real, que se llamaba Xoloca (que es cabe el matadero y casas de Pedro de Alvarado) y los bergantines se volvieron a su puesto de Acachinanco. Hízose bien esta retirada, aunque

de las pedradas de las azuteas fueron muchos heridos y dejaron ardiendo muchas casas para que desde las azuteas no recibiesen más daño. Los otros ejércitos en este mismo tiempo hicieron sus entradas y pelearon mucho y aunque estaban apartados unos de otros más de legua y media (que tanto por todas las partes se extendía la población de la ciudad), era tanta la gente de los enemigos, que acudían a todas partes, que parecía que todo el poder de el mundo estaba en cada una. Dejaron perdido los españoles esta vez el tiro grueso que habían sacado para ofender y desbaratar a los indios; con que quedaron los mexicanos en algo contentos.

Don Fernando, señor de Tetzcuco, reconociendo el bien que Fernando Cortés le había hecho en darle tan gran señorío, habiendo otros que tenían a él tan buen derecho, deseando poner buena voluntad a sus vasallos y a siete hermanos que tenía, les dijo que pues sabían que los mexicanos habían sido siempre tiranos, si le amaban, holgaría que tomasen por propria aquella guerra en favor de el invencible Cortés, pues su Dios le favorecía y le parecía que le había enviado de tan lejos para castigar los tiranos y vengar a ellos, de los agravios recibidos; y así esperaba que quedarían muy corridos los que no hubiesen acudido a Cortés, y muy contentos los que le hubiesen favorecido; y volviéndose a Cohuanacotzin, su mayor hermano, le dijo: tú serás el general de el ejército y le repartirás entre sus hermanos, pues eres ejercitado en la guerra y Cortés y los mexicanos entiendan el gran poder de Tetzcuco. Este hermano, que era de hasta veinte y seis años, respondió besándole las manos, por la merced que a todos hacía y ofreciendo de servir con muchas veras, juntó al ejército; salió con cincuenta mil hombres; fue muy valiente y con los treinta mil se fue a poner adonde estaba Cortés; los veinte mil repartió en los otros dos ejércitos y éste se bautizó después y se llamó también don Hernando.

CAPÍTULO XCII. *De las entradas que Fernando Cortés hacía en Mexico y el gran número de gente que tuvo en su ejército*

EMÁS DE EL REFERIDO SOCORRO que fue muy a propósito y que dio a los mexicanos mucha pena, con su ejemplo, fue otro de Xuchimilco, ciudad de la laguna, cuatro leguas de Mexico y de ciertos pueblos otomíes, que es gente serrana, con más de veinte mil hombres y mucha vitualla. Pareciendo pues a Cortés que los bergantines había amedrentado tanto las canoas, que no parecía ninguna, y que bastaba tener consigo los siete, envió tres a Sandoval y otros tantos a Alvarado, porque ya el ejército de Christóbal de Olid se había juntado con Cortés. Estos bergantines fueron muy necesarios en aquellas partes, porque hacían grandes presas de canoas, que entraban en la ciudad con vitualla y daban calor a los ejércitos. Llegada la gente de guerra, de los amigos, Fernando Cortés apercibió, así a los castellanos, como a los indios, para tomar de veras el combate de la